

Gabriel Amengual  
Gabriel Magalhães  
Francesc Torralba

# EL HUMANISMO EUROPEO NUESTRAS RAÍCES

Proemio de  
Mons. JOAN-ENRIC VIVES

Editorial  
**MILENIO**  
LLEIDA, 2018

© Gabriel Amengual Coll, Gabriel Magalhães, Francesc Torralba Roselló, 2018

© del proemio: Joan-Enric Vives i Sicília, 2018

© del prólogo: Francesc Torralba Roselló, 2018

© de esta edición: Milenio Publicaciones SL, 2018

Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)

[www.edmilenio.com](http://www.edmilenio.com)

[editorial@edmilenio.com](mailto:editorial@edmilenio.com)

Primera edición: mayo de 2018

ISBN: 978-84-9743-808-7

DL L 40-2018

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL

[www.bobala.cat](http://www.bobala.cat)

*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

## Proemio

Vivimos una época de profundas transformaciones, no solo en el plano económico y social, sino también cultural y espiritual. Estas transformaciones afectan a nuestra forma de vivir y de relacionarnos, pero también remueven nuestros fundamentos y nos exigen pensar, a fondo, por qué creemos lo que creemos, qué razones tiene la fe que profesamos, cómo nutrir y enriquecer la vida espiritual. Hay que prepararse a fondo para afrontar los grandes cambios que se vislumbran en el horizonte y confiar que en esta tarea no estamos solos. Formamos un gran pueblo, estamos en el mundo para amar plenamente y nada nos puede hacer cambiar de rumbo.

Las innovaciones tecnológicas en el campo de la comunicación han alterado significativamente nuestras formas de trabajar, de consumir, de relacionarnos, de comunicarnos. Trabajamos en red, vivimos en red. El creciente proceso de globalización nos conduce a un mundo nuevo, lleno de luces y de sombras, de ambigüedades que suscitan muchas perplejidades, pero también nos pone en contacto con culturas y tradiciones espirituales que desconocíamos.

Nuestra sociedad crece en pluralidad, fruto de los flujos migratorios y de la precariedad de la vida laboral. Entramos en contacto con personas que tienen convicciones religiosas muy profundas, vividas con autenticidad, pero diferentes de las

que nosotros, como cristianos, profesamos. Este encuentro es, por una parte, una ocasión para interrogarnos a fondo sobre el núcleo de las propias creencias, pero también para tratar de establecer vínculos, lazos con lo genuinamente humano y divino que hay en las grandes tradiciones espirituales de la humanidad.

La discusión sobre la identidad de Europa, sobre su rol en el conjunto del mundo, sobre los valores que la definen y sobre el papel que tiene la tradición judeocristiana en la configuración de su alma es una discusión muy viva. En este libro, que tengo el placer de presentaros, hallaréis tres reflexiones sobre el humanismo europeo y particularmente sobre lo más nuclear de este humanismo, el respeto a la dignidad de la persona humana. En él se reúnen las tres conferencias que fueron dictadas en el último Seminario de la Cátedra de Pensamiento Cristiano del Obispado de Urgell celebrado en la parroquia de Sant Julià de Lòria del Principado de Andorra.

Algunos consideran que Europa es, solamente, un espacio geográfico que se extiende desde los Urales hasta Finisterre, mientras que otros la reducen a un mero constructo administrativo y burocrático con finalidades estrictamente económicas. Algunos ven en Europa el paraíso en la tierra, el Estado social que garantiza los derechos básicos de sus ciudadanos: la educación, la salud, la atención social, la seguridad, los derechos y las libertades civiles. Hay quien siente nostalgia de la Europa como una unidad espiritual y como cuna del humanismo griego, latino y moderno. Existen muchas miradas sobre Europa y sobre su idiosincrasia en el conjunto del mundo.

Es pertinente evocar las palabras de san Juan Pablo II: "La historia del Continente europeo se caracteriza por el influjo vivificante del Evangelio. Si dirigimos la mirada a los siglos pasados, no podemos por menos de dar gracias al Señor porque el Cristianismo ha sido en nuestro Continente

un factor primario de unidad entre los pueblos y las culturas, y de promoción integral del hombre y de sus derechos.

No se puede dudar de que la fe cristiana es parte, de manera radical y determinante, de los fundamentos de la cultura europea. En efecto, el cristianismo ha dado forma a Europa, acuñando en ella algunos valores fundamentales. La modernidad europea misma, que ha dado al mundo el ideal democrático y los derechos humanos, toma los propios valores de su herencia cristiana. Más que como lugar geográfico, se la puede considerar como un *concepto predominantemente cultural e histórico*, que caracteriza una realidad nacida como Continente gracias también a la fuerza aglutinante del cristianismo, que ha sabido integrar a pueblos y culturas diferentes, y que está íntimamente vinculado a toda la cultura europea.

La Europa de hoy, en cambio, en el momento mismo en que refuerza y amplía su propia unión económica y política, parece sufrir una profunda crisis de valores. Aunque dispone de mayores medios, da la impresión de carecer de impulso para construir un proyecto común y dar nuevamente razones de esperanza a sus ciudadanos (*Ecclesia in Europa*, 108).

La propia Europa es una unidad que se ha construido durante siglos, a lo largo de un camino de rupturas, de desavenencias y de tragedias, pero en este extenso recorrido también hallamos lo más noble y excelsa que ha sido capaz de forjar el espíritu humano. Europa está integrada por una constelación de pueblos y de naciones que son distintos entre sí, tanto en los aspectos materiales como espirituales.

Los esfuerzos por unir, estrechar vínculos más allá de la unidad monetaria y administrativa no siempre han tenido éxito, quizás ha faltado conciencia europeísta o bien los intereses no nos han permitido entrever lo que une a los europeos.

Una gran masa de personas desamparadas llaman a las puertas de Europa suplicando refugio. Inmigrantes que provienen de África, refugiados que huyen de países destrozados por la guerra, por el terrorismo y por dictaduras inhumanas,

reclaman la solidaridad de las instituciones y de los ciudadanos europeos. Europa es uno de los lugares más codiciados del planeta.

Muchos critican la lentitud de Europa al afrontar los grandes dramas que asolan nuestro mundo, y también su indiferencia hacia quienes suplican refugio. La Europa de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, la Europa que profesa valores como la justicia social, la solidaridad y la paz es observada meticulosamente por el mundo y se juega su credibilidad en la forma de afrontar los grandes desafíos globales.

¿Es capaz de ofrecer un modelo de vida sustentado en el humanismo? ¿Es capaz de plantar cara a la extensión de un neoliberalismo globalizado, a una economía que, en palabras del papa Francisco, mata? ¿Tiene Europa alguna posibilidad de liderar culturalmente al mundo? ¿Qué queda del legado espiritual y moral que ha configurado el alma del viejo continente en la Europa actual?

El Evangelio no nos da respuestas concluyentes a cuestiones de orden temporal, pero nos orienta en la vida práctica y nos ofrece criterios y pautas para afrontar la situación y no caer en el desánimo. En épocas de crisis, los cristianos, sostenidos en la fe en Jesucristo y en el misterio pascual, su muerte y resurrección, estamos especialmente llamados a infundir la virtud de la esperanza. No es esta una esperanza ingenua, sino el aliento del Espíritu Santo que sopla a través nuestro y dota de sentido todo lo que hacemos y decimos.

Europa debe recordar sus raíces, los valores que la han nutrido y le han dado una singularidad en el conjunto del mundo. El papel del cristianismo en la configuración de esta personalidad ha sido decisivo en la historia, y por ello, en épocas de desmemoria, hay que reivindicarla sin complejos.

Cabe recordar las palabras de san Juan Pablo II y del arzobispo de Atenas el día 22 de abril de 2001 en la Carta ecuménica *Directrices para una colaboración progresiva de las Iglesias en Europa*:

A lo largo de los siglos, Europa se ha desarrollado marcada principalmente, en sus dimensiones religiosas y culturales, por el cristianismo. Al mismo tiempo, a causa de la debilidad de los cristianos, en Europa y allende sus fronteras, se han producido muchas desgracias.

Reconocemos la parte que nos corresponde de responsabilidad en esta falta, y pedimos perdón por ello a Dios y a los hombres.

Nuestra fe nos ayuda a aprender las lecciones del pasado y a comprometernos para que la fe cristiana y el amor al prójimo irradién la esperanza en cuestiones de moral y de ética, en la formación y la cultura, en la política y la economía, en Europa y el mundo entero.

Las Iglesias alientan el proceso por la unidad del continente europeo. Sin valores comunes, la unidad no se alcanzará de forma durable. Estamos convencidos de que la herencia espiritual del cristianismo es fuente de inspiración enriquecedora para Europa. Fundamentados sobre nuestra fe cristiana, nos comprometemos por una Europa humana y social, en la que prevalezcan los derechos del hombre y los valores fundamentales de la paz, la justicia, la libertad, la tolerancia, la participación y la solidaridad. Insistimos sobre el respeto a la vida, el valor del matrimonio y de la familia, la opción preferencial por los pobres, la disponibilidad para el perdón y en todo, la misericordia (7).

Mons. Joan-Enric VIVES I SICÍLIA  
*Arzobispo de Urgell*

## Prólogo

El valor central (*Grundwert*) del humanismo es la persona humana. Sin embargo, si prestamos atención, únicamente, a la producción cultural del siglo XX es posible entrever que el humanismo, como el ser y como el amor, se dice de múltiples formas.

Existe el humanismo cristiano (Jacques Maritain, Emmanuel Mounier) cuya fuente de inspiración es el *Evangelio* de Jesús; el humanismo existencialista, forjado por Jean-Paul Sartre, autor de *El Existencialismo es un humanismo* (1946), y por Martin Heidegger, artífice de la *Carta sobre el humanismo* (1946).

Existe también el humanismo marxista, que se nutre de los textos del joven Karl Marx (Ernst Bloch), el humanismo ecuménico, que busca el campo de intersección entre la fe cristiana y el marxismo (Adam Schaff), la psicología humanista (Carl Rogers, Erich Fromm) que reacciona contra la psicología sin alma y el humanismo ateo (André Malraux), modalidad que estudió con profundidad el teólogo Henri de Lubac en su conocido ensayo *El drama del humanismo ateo*.

Más allá de la diversidad de formas y de expresiones que adopta el humanismo en el siglo XX, es posible entrever algunas constantes que se repiten de forma transversal, lo que podríamos denominar un campo de intersección axiológico.

Todos estos humanismos, por muy distintos que sean en sus presupuestos, defienden el valor inherente de todo ser humano, su dignidad intrínseca, ya sea por razones teológicas, ontológicas o históricas.

Se podría decir que las dos tesis que están latentes en la postura humanista son: *El ser humano es el ser más digno que existe en el mundo* (primera tesis) y *el ser humano es cualitativamente diferente de cualquier otra realidad del mundo* (segunda tesis). Las razones que sostienen estas dos tesis son distintas en uno y otro humanismo, pero en todos ellos se parte de estos dos pilares.

Esta visión humanista de la persona se concretó de una forma ética y jurídica en la *Declaración universal de los derechos humanos* (1948) en la que se afirma que el ser humano está dotado de una dignidad inherente (*inherent dignity*), es decir, que merece ser respetado por el mero hecho de pertenecer a la especie humana, por su ser, independiente de sus funciones, circunstancias o estados vitales que pueda sufrir. En el trasfondo de la conocida *Declaración*, el ser humano es un ser capaz de actos libres, que tiene que ser tratado con equidad y al mismo tiempo tiene el deber de tratar fraternalmente a sus semejantes.

Tanto en el transhumanismo como en el posthumanismo, el ser humano es un ser que puede y tiene que ser superado, un ser que ya no ocupa el lugar preeminente que le otorga el humanismo. En esta ideología, las fronteras entre la condición humana y la condición técnica se difuminan, así como en la filosofía animalista, las fronteras ontológicas, axiológicas y jurídicas entre la condición humana y la condición animal quedan reducidas a la mínima expresión.

La diferencia entre la criatura humana y la máquina es accidental y la distinción entre el ser humano y el animal es de grado y no de calidad. En este libro que aquí os presentamos, exploramos la dignidad de la persona humana desde distintas vertientes, y también presentamos una ideo-

logía emergente que pone entre paréntesis las principales tesis del humanismo clásico. Tanto el transhumanismo como el animalismo cuestionan la sublime dignidad de la persona humana, el principal fundamento del humanismo europeo. Frente a este desafío, es imprescindible edificar, nuevamente, los argumentos decisivos que sostienen los derechos y las libertades de nuestra civilización.

Francesc TORRALBA

# ÍNDICE

Proemio de Monseñor Joan-Enric Vives i Sicília .....	9
Prólogo de Francesc Torralba.....	15
<b>GABRIEL AMENGUAL</b>	
La dignidad de la persona, esencia del humanismo.....	19
<b>GABRIEL MAGALHÃES</b>	
El mosaico cristiano de Occidente.....	45
<b>FRANCESC TORRALBA</b>	
El sueño del transhumanismo y la contingencia del ser humano.....	79